

Imágenes de una década

Antonio Saborit

Los treinta en la capital devuelven la imagen de una ciudad de calles principales, jardineras, estatuas de bronce y arrabales de cartón, láminas y llanto. En ella amanecen y trabajan menos de tres millones de almas que viven la ciudad como préstamo o como herencia.

Es una ciudad que vive con el sueño de alejarse día a día de las jornadas de la guerra, más sus secuelas de acaparamiento, desabasto y especulación, y que reanuda a la vez añejos proyectos arquitectónicos que la sangrienta lucha armada dejó en esqueleto: el Palacio Legislativo y Bellas Artes, por ejemplo. Y es asimismo una ciudad en la que caben muy diferentes laberintos. Como los que transitan las huestes vasconcelistas bajo el doble acoso del exilio de su profeta y de los rondines de los agentes especiales que les familiarizan con los rumbos de una prisión en Chivatito. Como los laberintos de las multitudes cristianas que a veces sueñan sus propios enredos como una nueva versión de las catacumbas. La de México es la ciudad del capital, en la que pocos millonarios se arrojan de los rascacielos a falta de ambos, y es la ciudad de las lunas proletarias y los hombres del alba, en la que el fervor de las masas acontece en el corazón de unos cuantos. Es la ciudad de mujeres en casa, por ejemplo, y la de hombres en tránsito constante hacia sus crecientes zonas industriales —lo cual arregla otro laberinto—. Es asimismo el rumbo pentagrama de los amigos y favorecedores de antros y cantinas de la calle Cuauhtemotzin que fijó Henri Cartier-Bresson en la pupila de dos dueñas ojeras y pintadas en un vano. Es metrópoli con realidades de pueblito. Es la ciudad de otros fotógrafos también, como Smarth, Agustín Jiménez, Manuel Álvarez Bravo, Silva, Lola Álvarez Bravo, cuyas imágenes recuperan la minucia urbana, así como la ciudad de los escaparates del *Corcito*. Es la ciudad del laberinto de los amigos en las fondas, cafés y casas de

huéspedes de los barrios universitarios que ocupan varias calles en los alrededores de San Ildefonso y la plaza de Santo Domingo.

En sus márgenes la capital no es menos ciudad. Como ocurre al observarla a través del espíritu de lo público —es decir, el conjunto de las cosas relacionadas con el estado o con el servicio al estado— que invade a lo largo de la década esferas de la vida normalmente consideradas como privadas. Tal invasión se explica en la intensidad del impacto social de la Revolución mexicana y en el modo en que en la palma de la ciudad se viven los nubarrones políticos y sociales de esos años. Y al amparo de la exaltación y defensa del nacionalismo crece el espacio público y se sobrepolitiza la pausada existencia cotidiana.

Es, se dice con relativa frecuencia, la ciudad de los climas perfectos y la eterna primavera; la ciudad de las partidas de *bridge*, de los representantes populares con Buicks flamantes, el Tren Olivo, y la ciudad de las mantas como telones del Partido Nacional Revolucionario, de los desfiles de camaradas obreros y campesinos en bloques, frentes, centrales y sindicatos. Es la ciudad a la que buscan su centro figuras tan distintas como la pintora Marion Greenwood y el escritor Antonin Artaud, el cineasta S.M. Eisenstein y el novelista James M. Cain, el poeta André Breton y el fotógrafo Paul Strand. Ciudad de restauracionistas aztecas y estudiosos del *folklore*, de coleccionistas de arte popular, antigüedades, libros, barroquerías. Es la ciudad de la novedosa publicidad política y de las propagandas comerciales, de las emisiones de radio y de la cafiaspirina, el permanganato y el romero.

Es una ciudad de papel. Como bien se sabe en el interior de la cochera en la que Justina Fernández y Edmundo O'Gorman imprimen los libros de su colección Alcancía, o bien en el taller de Fábula que producen Miguel N. Lira y Alejandro Gómez Arias, o en la imprenta propia de Alfonso Taracena. Lo mismo se sabe en el periódico del estado, *El Nacional* —tribuna de escritores como Ermilo Abreu Gómez, Fernando Benítez, Efraín Huerta, Héctor Pérez Martínez, entre otros—, que en revistas como *Todo* de Félix Palavicini y *Hoy* de Regino Hernández Llergo, que en la tambaleante mesa de redacción de numerosas revistas de culto, entre ellas: *Música* de Carlos Chávez y *Examen* de Jorge Cuesta, *Barandal* de Rafael López

Malo, Octavio Paz, Salvador Toscano y Arnulfo Martínez Lavalle, y *Taller de Rafael Solana*, *Ruta* de José Mancisidor y *Cultura Musical* de Manuel M. Ponce, *Síntesis* de Alberto Misrachi y *Letras de México* de Octavio G. Barreda. Sin embargo, la vida intelectual de la ciudad parece dominada por la pintura —cuyos artistas cubren "la ciudad con historia y geografía, con incursiones civiles, con polémicas ferruginosas", dijo Pablo Neruda. "Los apolos y las venus se esfumaron ante Coatlicue", escribió Luis Cardoza y Aragón para explicar el impacto que causaron en él las antigüedades mexicanas al instalarse entre nosotros en 1932 [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 8. Ciudad de México*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1995.